

LECTURAS POPULARES,

Ó SEA

Coleccion de articulos breves y sencillos

SOBRE

**moral, higiene, historia sagrada y profana,
economía, ciencias naturales, y otros
conocimientos útiles.**

—♦♦♦♦♦—
TOMO I.
—♦♦♦♦♦—



MADRID.—1868.

Imprenta de Tejado,

a cargo de Francisco de Robles.

Legajos, núm. 47.

LETTRES POPULAIRES

Collection de notices breves et succinctes

1888

morale, politique, histoire ancienne et moderne,
commerce, sciences naturelles et autres
concernant l'homme et la société.

TOME I.

Imprimerie de l'Etat.

LECTURAS POPULARES.

LECTURAS POPULARES.

Ó SEA

Coleccion de articulos breves y sencillos

SOBRE

**moral, higiene, historia sagrada y profana,
economía, ciencias naturales, y otros
conocimientos útiles.**

TOMO I.



MADRID.—1858.

Imprenta de Tejado,

à cargo de Francisco de Robles.

Leganitos, núm. 47.

LECTURAS POPULARES

1874

Enfermedades de animales domésticos y salvajes

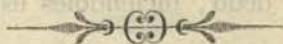
1874

Enfermedades de animales domésticos y salvajes
Enfermedades de animales domésticos y salvajes
Enfermedades de animales domésticos y salvajes

TOMO I

Imprenta de Espasa

LECTURAS POPULARES.



Sin anuncios, sin prospectos, sin pretensiones literarias ni de lucro, sale hoy á luz esta hojita, que aparecerá cada quince dias, por un precio sumamente barato. Muchos pobres lo recibirán gratis.

¿Quién no acoje con gusto un buen consejo, una palabra de consuelo, la noticia de una accion altamente honrada, ó bien un cuentecillo que le entretiene y enseña? Una lectura de este género estamos seguros que no dejará de merecer el aprecio de los hombres de bien.

¿Es cierto que hay Dios?

Hallábanse un dia reunidos una porcion de sujetos que se suponian á sí mismos *muy ilustrados*: acababan de comer, y, como sucede con frecuencia en tales casos, se pusieron á tratar de Religion, negando hasta la existencia de Dios, declamando contra él con la mayor violencia. No deja de ser chocante que para hablar de un asunto tan sério, se elijan momentos tan poco apropósito para ninguna cosa de formalidad.

Entre los convidados habia uno católico sincero é instruido, que callaba, conociendo lo inútil de entrar en aquel momento en disputa con sus compañe-

ros. Preguntáronle éstos su dictámen en el momento en que estaba dando el reló: contentóse con enseñárselo con el dedo, diciéndoles estos versos tan significativos:

Tengo por gran disparate,
Cuanto más lo considero,
Que pueda andar un reló
Sin que lo haga un relojero.

No sabemos lo que responderian los amigos, pero trabajo les habia de costar el sacudirse el argumento que encierran aquellos versos, con aplicacion á su pregunta.

Un insecto, un guijarro, una florecita, bastan para cerciorarnos de la existencia de Dios. ¿Pueden ellos haberse criado á sí mismos? ¿Puede haber un efecto sin causa?

Si no hay Dios, esto es, sino hay un Ser Supremo que todo lo ha criado y que lo gobierna todo, ¿quién ha hecho el cielo, la tierra, las estrellas, el sol y el mundo?

¡Conque todo esto se *habrá hecho ello solo á sí mismo!* ¿Qué diriais de uno que enseñándoos una casa os dijera:—»Ve Vd. esa casa, pues se hizo ella sola?»—Diriais que aquel hombre estaba loco, ó trataba de burlarse de vosotros.

Si una casa, si un reló, no pueden hacerse solos, ¿cuánto ménos podrán criarse á sí mismas las maravillosas criaturas, que llenan el universo, principiando por nuestro propio cuerpo y su maravillosa organizacion?

¿Quereis saber lo que significa en buen castellano esa espresion «*No hay Dios?*» Pues bien, traducido en lenguaje corriente, quiere decir:

Soy un bribon, tengo miedo á Dios y quisiera que no lo hubiese.



La Taberna y el Hospital.

Mil caminos hay para ir al hospital: una enfermedad, un pleito, especulaciones atrevidas; pero sobre todo, no hay otro más recto y seguro que la taberna.

¿Veis ese artesano hábil y robusto? Gana crecidos jornales y tiene todo el trabajo que puede desear, porque desde que entró en el taller jamás le ha faltado. Pues bien, sabed, queridos lectores, que ya tiene preparada de antemano una cama en el hospital, porque diariamente ocupa un puesto en la taberna. Apénas recibe su paga corre á meterse en la tienda de aguardientes ó vinos, y es el último que la deja, y con harto sentimiento: ni el recuerdo de su mujer, ni el de sus hijos le detienen en su fatal camino. Así que, no hay que dudarle, sus vicios y francachelas le envejecerán ántes de tiempo, y concluirá su vida en un hospital, dejando á su familia sumida en la más espantosa miseria.

¿Veis ese hombre espléndido en demasía? Acaba de adquirir una rica herencia que le dejaron sus laboriosos padres; campos extensos, abundantes prados, y numerosos rebaños le pertenecen. Pues á este hombre, mis queridos lectores, le espera también el hospital. En vez de trabajar, recorre las tabernas; va de feria en feria malgastando sus bienes en el juego, en las bebidas, en los placeres, y dentro de poco toda su hacienda la habrá consumido, sin quedarle más que una cruel y vergonzosa enfermedad, fruto de sus excesos, y el remordimiento de haber arruinado á su infeliz familia.

La taberna es una sima en donde desaparecen diariamente los bienes, la salud y el honor de miles y miles de personas. En la taberna se entra con dinero y se sale pobre; se entra disfrutando de la razón y se sale de peor condición que los brutos; se entra, en fin, siendo hombre honrado y se sale envilecido. Las cárceles y presidios lo atestiguan. Nos quejamos con frecuencia de las contribuciones, de los alquileres, y de las cargas de familia que pesan sobre nosotros;

pero hay un impuesto mil veces más pesado, y es el de la taberna. ¡Ay de aquel que lo lleva! ¡Desgraciado el hombre, y todavia más desgraciada la mujer que con gusto lo pagan! Su ruina y la de toda su familia es desgraciadamente segura.



Una palabra sobre la limpieza.

Una cosa me choca mucho en la gente artesana. Un tapicero, un carpintero, un cerrajero, ó cualquiera otro menestral, guardan sus herramientas, por lo comun, con una limpieza admirable, sin una mancha, sin mella alguna y, sobre todo, sin orin: que sean de hierro, ó que sean de acero, ello es que brillan como si fueran de plata.

Pero... hablemos con franqueza; porque al fin, *cuanto más amigos, más claros*. ¡Qué contraste entre las herramientas y el que las emplea! Bien conozco que para trabajar no se puede tener la ropa muy blanca, ni pantalon de moda: tales pudieran ser, que yo mismo os aconsejaria no los tuviérais, por demasiado buenos. La economía, la economía es la verdadera fortuna de una casa: la comodidad debe quedar, cuando más, para el dia de fiesta. Pero ¿porqué no hacer aquello que conviene y que nada cuesta? ¿Porqué no se ha de hacer lo que la simple prudencia aconseja para los trabajos manuales, tal como la limpieza de aquellas partes del cuerpo que van más expuestas á la accion de sus respectivas faenas diarias?

No se hace caso de limpiarse, ni de lavar las manos, los brazos, el cuello, la cara; y ¿qué sucede? que la menor pupa ó cualquier rozadura se envenenan, y constituyen una enfermedad.

Lo peor es, que algunos obreros tienen cierta especie de orgullo de no ocuparse en estas pequeñeces. Quizá vosotros no dejareis de conocer alguno que tenga esta mania. Yo conozco á un buen mozo, trabajador y honrado, á quien llamaban en su taller *Doña Mariquita*, nada más que porque se lavaba regularmente y se peinaba todos los dias.

La limpieza tiene, por desgracia, sus incrédulos, como los tiene la Religion, como tambien los tiene la verdad; pero á estos burlones yo no les diré más que una cosa: Amigos

mios, ¡haced una visita al Hospital de San Juan de Dios, aquí en Madrid!

En este Hospital es donde se curan las enfermedades cutáneas, ó de la piel. ¡Oh! si pudiéramos pasar una revista minuciosa á esa formidable coleccion de enfermedades repugnantes; si reflexionáramos en seguida, que una gran parte de esas herpes, tiñas, sarnas, lepras y úlceras han provenido de la falta de aseo, bien léjos de ridiculizar á los que se lavan y se peinan, se procuraria imitarlos.

Pues bien, á nombre de vuestra salud os encargo que os laveis todos los días, y os laveis bien: ¡agua, agua, un lienzo fuerte, y frotarse bien!

No tengais cuidado: lo que perdais de tiempo y de agua lo ganareis cien veces más de salud.

UN MÉDICO.



La Caridad del pobre.

Una jóven viuda, la señora L..., que posee un buen caudal, y dueña á la vez de una hermosa hacienda, acababa de perder su hija única á la edad de cinco años. ¡Desgracia de los ricos, tener que envidiar á los pobres sus numerosos hijos y aburrirse en medio de sus riquezas, que no tienen heredero forzoso! Para consolarse la pobre señora, iba con frecuencia al cementerio á llorar sobre la tumba de su hijita.

Un día, al pasar por junto á la fosa de los pobres, vió á una anciana y una niñita, de la misma edad que la hija que acababa de perder: estaban arrodilladas y llorando al pié de una modesta cruz de madera. La señora L... se detuvo á vista de aquel cuadro tan sencillo como tierno. Cuando concluyeron aquel piadoso deber, se acercó á ellas, acarició á la pobrecita niña, y preguntó á la anciana por su suerte. Esta le refirió que la madre de aquella niña habia muerto hacia dos meses, siguiendo á la tumba á su marido, que habia muerto un año ántes. La viejecita, vecina y amiga de esta familia, no habia querido abandonar á la pobre huérfana, con la cual partia su pan, aunque no estaba muy sobrada de él.—Lo que siento es, decia, cogiendo entre sus manos la hermosa cabe-

za de la niña, lo que siento es que yo soy ya muy anciana, y cuando muera, no sé lo que va á ser de mi pobrecita Julia!

¡ Julia! ¡ se llama Julia! dijo la señora L... Cabalmente era el nombre de mi querida hijita. Enternecida y profundamente conmovida con tal coincidencia y con la relacion de la viejecita, le dijo si queria venirse con ella. La señora L... ha adoptado á la niña en memoria de su hija, y se ha traído á su casa á la pobre vieja, que ha recibido de este modo, y aun en vida, el premio de su buena accion.



Mal principio y buen fin.

Hace algun tiempo que unos cuantos jóvenes que acababan de caer quintos, y que con tal motivo y siguiendo una deplorable costumbre, se habian entregado con exceso á la bebida, cruzaban por la calle de una capital de provincia cantando desaforadamente y llevando sus sombreros adornados con cintas de vivos colores. De repente aparecieron á su vista dos Hermanas de un instituto de Caridad, que con profunda humildad volvian de pedir limosna para setenta y siete ancianos que ellas mismas habian recogido, y á quienes cuidaban con tanto esmero como abnegacion: uno de aquellos jóvenes, imponiendo silencio á sus camaradas, les dijo:— «Amigos míos, yo conozco ese traje: estas mujeres son unas religiosas que se consagran al alivio de los ancianos pobres: nosotros hemos bebido hoy bastante; ayudemos á esta buena obra dando á las Hermanas el dinero que nos queda.»

Entónces, y miéntras que referia el bien inmenso que hacen aquellas, cada uno de sus compañeros registra cuidadosamente sus bolsillos, y luego uno de ellos, ocultando su sombrero y sus cintas, se presenta en la casa de las Hermanas y las hace relacion de lo que acababa de suceder. La acogida que le dispensaron le conmovió [de tal manera, que volvió inmediatamente á dar cuenta de ella á sus camaradas, los cuales, excitados por su relato, quisieron tener la satisfaccion de visitar el nuevo establecimiento. Entraron, en efecto, en él, y le recorrieron con la más grande admiracion.

Quando ya se retiraban , uno de ellos , dirigiéndose á las Hermanas , las dijo estas interesantes palabras:—«Hermanas mías , nosotros somos pobres; tal vez algun dia habremos de venir á pedirnos un lugar en este establecimiento. Mas entretanto que llega este caso, os ayudaremos en lo que podamos con nuestros débiles recursos.»

¿Y no es esto acabar bien un dia comenzado con deplorables y ruinosos placeres? ¿Qué bien harian muchos en imitar el modelo de aquellos jóvenes quintos, consagrando á los pobres, y especialmente á sus padres pobres y enfermos, lo que gastan inconsideradamente en las tabernas!



Resgo de piedad filial.

«Un soldado de nuestra guarnicion , dice un periódico de V..., ha encontrado en su insignificante paga el medio de aliviar la miseria de su anciana madre , que vive en una pobre aldea. Al fin de cada mes tiene reunidos los pocos cuartos de sus haberes diarios, y los remite todos fielmente á su madre, en letra que toma en la Administracion de Correos. Hace ya mucho tiempo que está practicando esta buena obra que , si él hubiera sabido escribir, habria quedado ignorada de todos, ménos de Dios y de la pobre aldeana; pero obligado á valerse de un camarada para hacer sus remesas mensuales, éste lo ha referido á uno de sus oficiales , y así es como ha venido á divulgarse.»

Probablemente este buen hijo no será fumador , ni bebedor de profesion, ni asistirá á los bailes y á los juegos ; pero en cambio de estas perjudiciales diversiones tiene el consuelo de aliviar á su anciana madre y de practicar una buena accion, que Dios tendrá presente.



No hay peor ladron que un mal libro.

(PROVERBIO ITALIANO.)

Si amais la vida, no malgasteis el tiempo, porque es la tela de que se hace la vida.

(FRANKLIN.)

Pasar el rato es malgastar un rato, y el *rato* en castellano es el tiempo.

Cuando anda la lengua, paran las manos.

Por todos los artículos,

José de Castro.



Esta publicacion es idéntica á la que sale á luz en Francia dirigida por la Sociedad de San Vicente de Paul, con el título de *Petites lectures*, pero se acomodará á las necesidades é índole particular de nuestra patria.

El precio de suscripcion será de 20 rs. al año en Madrid, por cuya cantidad se darán á cada suscriptor cinco ejemplares de cada número. Si resultase alguna ganancia, despues de cubrir los gastos precisos de papel é impresion, se destinará á la publicacion de buenos libros, que se distribuirán gratis.

Se abre suscripcion por un trimestre á razon de 5 reales en Madrid, y 6 en provincias, franco de porte.

Los puntos de suscripcion son los mismos en que se suscribe á la *Biblioteca Manual del Cristiano* del Sr. Tejado.

EDITOR RESPONSABLE: FRANCISCO DE ROBLES.

Imprenta de Tejado, á cargo de Francisco de Robles, Leganitos 47. — 1855.